

EL ENGAÑO COMO ELEMENTO ARTICULADOR EN LA ESTRUCTURA DEL *QUIJOTE* DE 1615:

Guillermo Quiroga Yanzi

En el *Quijote* de 1615, el engaño rebasa los límites de un simple tema y por su variedad y particular modo de manifestación adquiere especial importancia en la articulación de la estructura de la obra. Esto se hace más evidente en la tirada de capítulos que corresponden a la estadía del caballero y su escudero en la casa de los duques, donde adquiere especial significación.

Por un lado el engaño asume aspectos esenciales de la obra; por el otro, implica una fractura en el tono espiritual de la novela. El término es usado en sentido amplio, para designar la voluntad de mentir o de usar lo falso por verdadero ya sea con intención burlesca o lúdica.

Entre las diferencias que los críticos advierten en el *Quijote* de 1605 y el de 1615, se encuentra este punto del engaño, que adquiere, en el segundo, una proyección profunda y amplia, tanto porque afecta los motivos esenciales de la obra: ficción y realidad, como por su constante presencia en diversos planos de la novela.

Cervantes engaña al lector. Por un lado lo hace con la persona del autor. Hasta el capítulo IX (1a. parte) hay uno, luego éste encuentra los manuscritos árabes de Cide Hamete Benengeli, aparece un traductor, en fin, el camino identificatorio se hace difícil de seguir, sobre todo cuando tenemos la sensación de que estos "autores", "sabios", "traductores", o lo que fueran, se superponen en algún capítulo o en algunos párrafos. Incluso se da la coincidencia de ideas entre el primer autor que aparece en el *Quijote* de 1605 y el caballero, al comienzo del de 1615. Por las mismas razones desconfían ambos de este autor arábigo.

Cervantes nos engaña también con la titulación de los capítulos. El LVI (2a. parte) dice: "De la descomunal y nunca vista batalla que pasó entre Don Quijote de la Mancha y el lacayo Tosilos, en la defensa de la hija de la Dueña Doña Rodríguez". Aunque no es "descomunal", sí es cierto lo de "nunca vista": nadie pudo verla porque no se realizó jamás. El lacayo, como sabemos, prefiere no luchar. Aunque pierda al desistir, ganará con el casamiento.

Cervantes también engaña con un prodigioso juego de espejos. En efecto, al principio del de 1605 y el caballero escucha comentarios de quienes han leído sus aventuras. Sus hazañas están escritas. El resulta casi un lector de sí mismo y Sancho se admira de que hayan salido publicadas cosas que él hizo en el mayor de los secretos. No se explica cómo pudo saberlas el sabio que las escribió. Pero no solamente el Bachiller Sansón Carrasco ha leído la obra, también la han leído otros y entre ellos se encuentran los duques que aparecen en el capítulo XXX. Los duques-lectores aceptan con gusto y naturalidad el encuentro con Don Quijote y su escudero. Todavía más, los incluyen en su mundo con la intención de divertirse a su costa. Don Quijote sale de la ficción para entrar en el mundo que está fuera del libro, el mundo "real". Pero los duques pierden su calidad de seres reales, como lo somos todos los lectores, y se "ficcionalizan" ya que pasan a ser personajes de la novela. Cervantes logra, en este vaivén entre la realidad y la ficción (dentro de la ficción), crearnos a nosotros, lectores, la ilusión de que

es posible que en algún momento nos encontremos también nosotros con Don Quijote. Estos lectores-protagonistas, los duques, no sólo se "ficcionalizan" porque provocan o exacerbaban el anacronismo quijotesco incluyéndose en él, sino porque pasan a hacerse cargo de las promesas del manchego. Son ellos, los lectores, los que entregarán a Sancho la ínsula y son ellos también los que van a actuar de manera decisiva para lograr el desencantamiento de Dulcinea, al inducir a Sancho a que acepte pagarlo con azotes. Ellos lo presionan con la ínsula prometida. La duquesa arranca al escudero la verdad sobre el trastrueque Dulcinea-labradoras; no ha sido encantada, eran labradoras verdaderas con las que Sancho engañó a su señor. La duquesa le recrimina esta afirmación y lo engaña a su vez: Sancho no se ha dado cuenta de que estaba equivocado y de que era realmente la Señora Dulcinea. Sucede que también él, como su amo, la vio bajo forma plebeya y vil porque también él ha sido encantado. El rústico termina por creer su propio engaño, el engañador resulta engañado.

Así como Don Quijote ha leído libros de caballerías, lo han hecho también los duques, mejor dicho, han leído un libro más: *El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha*.

Este juego entre cronista, traductor, sabio, moro, etc., nos sumerge en la perplejidad de no saber a quién estamos leyendo, y esta inclusión del lector en la obra, pareciera despojarnos de barreras de contención y de límites, sin espacio fijo para nada, porque los ámbitos se invaden y superponen: ficción y realidad, autor y autores, protagonistas y lectores. Sin embargo Cervantes no se detiene acá. En el capítulo LXXVII se produce la aparición de Don Alvaro Tarfe. Vale la pena intentar una guía para este laberinto, para reconocerlo al menos, no para explicarlo. Existe un *Quijote* falso, el de Alonso Fernández de Avellaneda, de cuya existencia tiene noticia Don Quijote. El libro existió y fue leído, históricamente hablando, y también existe y se menciona en la novela de 1615. El libro fue verdadero, pero el protagonista no: Don Quijote de la Mancha, el Caballero de la Triste Figura y luego Caballero de los Leones, es éste. Por lo tanto el personaje de Avellaneda es falso.

Por extensión lo serán los otros personajes, o deberían serlo, pero no es así. Hay uno de ese Quijote falso que resulta real, que está en una venta y con el que se encuentra el caballero auténtico y éste es Don Alvaro Tarfe. Don Alvaro ha sido figura principal en el *Quijote* apócrifo, pero sólo él merece la corporeización; los otros personajes pierden hasta su condición de ficticios, no son nada. Este, en cambio, se hace veraz, verdadero y verídico.

Ya de regreso a su hogar, el vencido caballero manchego escucha ese nombre en una venta, lo busca y se da a conocer. Deslumbrado, Don Alvaro lo admite como el verdadero Don Quijote y lo mismo hace con Sancho. Esta ocasión le es propicia al caballero para llamar al alcalde y a un escribano que certifiquen que él es "el verdadero Don Quijote", no el otro de Avellaneda. Último acto de su voluntad caballeresca, sólo le resta entrar a su aldea y morir. El testigo indubitable será el personaje del libro apócrifo. Cervantes ha traspasado todas las barreras con este engaño del que nos hace objeto, pero del que no queríamos desprendernos, fulgor mágico que llega desde el revés de la trama, desde el mundo invisible del escritor. Don Alvaro Tarfe, figura casi imperceptible, si alguna lo fuera, de este universo magnífico y múltiple, ha sido revivido por Azorín en *Al margen de los clásicos* y lo proyecta y continúa en "Al margen del *Quijote*".

La burla no es sólo de Cervantes al lector. Sancho engaña a Don Quijote. Los lectores engañan a los protagonistas, Don Quijote y Sancho son engañados. Para esto los duques montan un enorme espectáculo: para hacer creer a Don Quijote que existen cosas propias de sus sueños caballescicos, cosas más dignas de él que del mismísimo Amadís de Gaula. Llevan a cabo la engañifa con un alarde teatral que es imagen misma del Barroco y que a lo largo del *Quijote* de 1615 se manifiesta con un valor y sentido constante de representación. Sancho hace que las labradoras representen el papel de damas. Con la aparición de las carretas de las cortes de la muerte se desliza la expresión de amor por la farándula del protagonista y del autor. La cueva de Montesinos tiene visos de escenografía monumental

con personajes en escena, movimientos profesionales y perspectivas. El retablo de Maese Pedro es teatro dentro de la ficción novelesca y Don Quijote, con sus mandobles, va a irrumpir en la representación misma. Valgan estos ejemplos para señalar algunos signos de este carácter teatral.

En la casa de los duques el espectáculo es total. El castillo en pleno se transforma en escenario, pero no hay espectadores porque todos actúan. Los duques, sus criados, hasta quienes no han sido instruidos en la farsa saltan como "espontáneos" al ruedo de la novela. En torno a las figuras de Don Quijote y Sancho hay disfraz, hay participación, hay búsqueda de la risa, hay cambio de ser, de personalidad. Los duques, creadores de esta inmersión en lo irreal, se sorprenden de ver el desparpajo con el que sus gentes se adhieren a la broma. Cuando seis doncellas se presentan, después de la comida primera, y enjabonan la cara al sorprendido caballero, que lo considera como usanza del lugar, el duque se ve obligado a pedir que le hagan lo mismo a él. No dispuso la broma, pero se ofrece para paliar el exceso. Cae de manera no premeditada como víctima de la farsa. La dueña Doña Rodríguez, molesta con la impertinencia de Sancho que le ha solicitado que cuide de su rucio, se altera más cuando advierte que el escudero sigue el modelo caballeresco, vía Don Quijote y vía Romancero, y le recuerda lo de Lanzarote: "(...)que damas curaban dél /y dueñas del su rocino(...)". La dueña le contestará: "Hermano, si sois juglar, guardad vuestras gracias para donde lo parezcan y se os paguen" (p. 272). En otras palabras: no debes mezclar la representación con la vida real.

De todos modos, la dueña se precipita en el anacronismo quijotesco cuando irrumpe entre las sombras en el cuarto del caballero (2a. P., cap. XLVIII). El cree que es una doncella furtiva que va a ofrecérsele. Para sorpresa general, es esta recatada señora que lo hace para solicitarle a Don Quijote desfaga el entuerto que la abrumba y obligue al burlador de la virtud de su hija a casarse con ella. La actitud de la dueña es auténtica, ella confía en él. Esta es quizás la única vez que alguien cree firmemente que él es un caballero andante y le pide una tarea propia de tal. El pedido

de la princesa Micomicona tiene otro carácter, detrás estaba la bella Dorotea y el propósito de engañar al manchego para que volviera a su aldea. En el caso de la Trifaldi la intención es menos noble: sólo burlarse o reírse del caballero. Aquí es una viuda que solicita protección para una doncella deshonrada y que le pide cumpla con una función primordial de la andante caballería. Por ella saldrá Don Quijote a desafiar en la palestra, al caballero ofensor.

En este equívoco resultan varios los engañados. Lo son las mujeres, que advertirán luego que el contendor no es el ofensor verdadero sino el lacayo. Lo es el duque, que queda suspenso y colérico en extremo porque su servidor no ha seguido las leyes de juego establecidas y se encuentra con que Tosilos no quiere luchar para que, como perdedor, lo obliguen a casarse con la bella ofendida. Don Quijote advierte esta confusa desazón y dará una explicación congruente sólo con su propia realidad interior:

No vos acuitéis, señoras... que ni es esta malicia, ni es bellaquería; y si la es, no ha sido la causa el duque, sino los malos encantadores que me persiguen, los cuales, invidiosos de que yo alcanzase la gloria deste vencimiento, han convertido el rostro de vuestro esposo en el de éste que decís que es lacayo del duque. Tomad mi consejo... casaos con él..." (2a. P., p. 477).

En posición opuesta a la de Doña Rodríguez se encuentra el eclesiástico de la casa ducal, muy mal tratado por Cervantes en las primeras líneas del capítulo XXXI, como ejemplo de "ánimos estrechos" y de "mezquindad". Doña Rodríguez cree en todo. El eclesiástico no cree en nada. Por el diálogo entablado en la primera comida advierte que quien está allí es "Don Quijote de la Mancha cuya historia leía el duque de ordinario y él se lo había reprochado muchas veces diciéndole que 'era disparate leer esos disparates'" (2a. P., p. 279). Entonces increpa al duque, lleno de cólera, y trata a Don Quijote de "Don Tonto" y mentecato, aún

más, niega que "hubo ni haya ahora caballeros andantes" y pretende que el caballero se vuelva a su hacienda y a sus hijos. El hidalgo, con semblante airado y alborotado rostro, hace una síntesis maravillosa de lo que es un caballero andante. De inmediato el eclesiástico se retira para no volver a aparecer más. Don Quijote expone la diferencia entre agravio y afrenta y por qué no puede alterarlo la conducta del religioso. Este no sólo reprocha al lector (el duque) las obras que lee, sino que también reprocha ser como es al personaje de la ficción, lo que es absurdo. A todo esto el religioso, vale decirlo, es un crítico negativo que no ha leído la obra y también, y aunque él no lo quiera, una parte de la misma. De todos modos, queda descalificado, fuera de la obra y fuera de la escena por su propia voluntad. No entiende el trasfondo vivo del ideal de Don Quijote, ni al lector que es el duque, ni el juego enorme que comienza a desplegarse en la casa de placer.

La primera manifestación plena de esta teatralidad que señaláramos más arriba se da en la cacería. Las luces, los sonidos, los fuegos espantan y pasman aun a los que estaban en el engaño. Don Quijote apela a todo su valor y Sancho se desmaya en las faldas de la duquesa. Cervantes recurre aquí, a través de una descripción dinámica, a un verdadero ejemplo de técnica barroca: de la sombra y lo impreciso, por lejanos, pasa gradualmente al acercamiento, a la luz y a lo preciso. Ya ha avanzado el crepúsculo y en la oscuridad surgen fuegos tales, que parece que todo se va a arder. Suenan trompetas, clarines, tambores, pífanos, y aparece un postillón en traje de diablo con un mensaje. Es de Montesinos y trae a Dulcinea para que la desencante Don Quijote. Hay una espera, luces que se acercan, un son confuso y horrendo y nuevamente ruidos, ahora de carros. Los bueyes que los tiran llevan antorchas en las cornamentas y quienes vienen con ellos usan extraños ropajes. En cada uno hay un sabio o encantador, con su acompañamiento, que corresponde a alguna novela de caballería. Por último se acerca Merlín, no el esperado Montesinos; en una larga tirada de endecasílabos anuncia éste que, condolido del encantamiento y desgracia de Dulcinea y después de haber

revuelto "cien mil libros de esta mi ciencia endemoniada y torpe", viene a decirle a Don Quijote que sólo saldrá Dulcinea de su encantamiento si Sancho se da tres mil y trescientos azotes "en ambas sus valientes posaderas".

Sancho se indigna, se resiste y se niega a hacerlo, pero no solamente Don Quijote se lo pide, sino que también se lo reclama la doncella que venía en el carro, luego de descubrirse. Es Dulcinea, con su rostro "demasiadamente hermoso", pero con desenfado varonil y voz no muy adamada. El duque lo presiona con la ínsula prometida ya que no quiere enviar allí a un "gobernador de entrañas pedernalinas". Finalmente Sancho accede a la penitencia ante la alegría general.

El autor explica que Merlín era el burlesco y desenfadado mayordomo del duque y que Dulcinea era un paje. El tema del engatusamiento de Sancho a Don Quijote con Dulcinea encantada adquiere aquí, después de diversas peripecias, el vuelco más gracioso e inesperado: Sancho será burlado y deberá pagar con múltiples azotes su engaño.

Al día siguiente sucede el otro gran engaño: el de la condesa Trifaldi o Dueña Dolorida. Viene, según palabras de su escudero Trifaldín, a pie y en ayunas desde Candaya (en la India oriental) a contar sus cuitas a Don Quijote de la Mancha. La parodia de los libros de caballerías es perfecta en sus elementos, pero grotesca en su realización. La dama llega en procesión con acompañamiento de doce dueñas, tres pajes que llevan las caudas, músicas y ceremonias, pero la voz de esta señora es bastante ronca. En síntesis, la Trifaldi narra su tercería en los amores de la princesa Antonomasia y del caballero Clavijo, la muerte de la reina Maguncia, madre de la princesa, la aparición del gigante Malambruno que convierte a los amantes, sobre la tumba materna, en jimia de bronce y cocodrilo de metal desconocido. Allí aparece un padrón que reza que serán desencantados cuando el valeroso manchego vaya a las manos con Malambruno. Las dueñas han sido castigadas con luengas barbas de todos los colores y ellas, que han sido terceras, no se hacen depilar por considerar que quienes realizan ese trabajo huelen a alcahueta. Para hacer el muy largo viaje hasta

Candaya, el caballero y su escudero deberán viajar por aire en Clavileño el Aligero. Realizan el viaje cumpliendo con las normas que, en realidad, han determinado los duques; finalmente descubrirán, gracias a un pergamino dejado por el encantador, que ha bastado el intento para romper el hechizo. El episodio se vincula con el de Merlín, porque a continuación el escrito declara la necesidad de que Sancho se vapulee, según pedido de este mago, para lograr el desencantamiento total de Dulcinea. Esto ejemplifica la técnica narrativa cervantina: la recurrencia a episodios anteriores, muchas veces diversos, para lograr la firme trama que sustenta la novela. Malambruno se refiere a Merlín que dio la clave para el desencantamiento. Merlín habla cuando en realidad debería hacerlo Montesinos, que es lo que anunció el diablo-postillón, y este nombre nos remite al famoso episodio de la cueva homónima. Paralelamente, Sancho hará la narración de lo que él vio desde el cielo y en el cielo: visiones como las tuvo su amo en las profundidades de la tierra; y esta sucesión de engaños se toca y se enlaza cuando al final del capítulo XLI (2a. parte) Don Quijote dice a su escudero: "Sancho, pues vos queréis que se os crea lo que habéis visto en el cielo, yo quiero que vos me creáis a mí lo que vi en la cueva de Montesinos. Y no os digo más." (2a. P., p. 356). Al respecto dice Avalle Arce: "Pasaje de honda tristeza, cuando Don Quijote quiere entablar con su escudero un indigno cambalache a base de la verdad o de lo que se cree ser verdad." Y es cierto, porque la tristeza surge del considerar la declinación del caballero.

Sancho ha partido a gobernar su ínsula y Don Quijote ha quedado solo. No quiere ningún otro servidor. En el aislamiento nocturno de su cuarto, escucha las quejas de amor de Altisidora por la indiferencia del caballero. Es un engaño indudable, que Don Quijote no advierte porque piensa en las infinitas aventuras, semejantes a aquélla, leídas en sus libros de caballerías. Imagina que una doncella de la duquesa se ha enamorado de él y aunque se conduce, se propone no dejarse vencer por el asedio. En el romance está la sustancia de la burla que Don Quijote parece no advertir. La moza lo llama valeroso joven, le pregunta

si ha sido amamantado por sierpes, señala su anhelo de estar junto a su cama "rascándote la cabeza y matándote la caspa" y le da, entre otros datos de su belleza, el tener los dientes como topacios, es decir, de color amarillo parduzco. Don Quijote da un gran suspiro y dice: "¡Que tengo de ser tan desdichado andante que no hay doncella que de mí no se enamore!" (2a. P., p. 377). Cierra la ventana y se entrega a un soliloquio que lo muestra como el más "fin aman" de la lírica trovadoresca y del amor cortés. Don Quijote procurará desengañarla cantándole, desde su habitación hacia el jardín, la noche siguiente. Lo hace aconsejándola y proclamando su firmeza en el amor a la Señora Dulcinea. La broma de los gatos y los cencerros rompe este clima que concluye con el caballero herido y la pesadumbre de los duques, que no creyeron que la burla resultara tan pesada y costosa a Don Quijote. Altisidora lo va a curar, aunque recriminándole duramente su desamor. Pasan varios días. Don Quijote, en la soledad de su cuarto, escucha una llave que abre su puerta. El teme que sea la joven que viene a sobresaltar su honestidad, pero resulta ser Doña Rodríguez, quien viene a pedirle defienda el honor de su hija.

El engaño de Altisidora continuará más allá de la despedida del caballero, despedida en la que habrá de reclamarle tres gorros de dormir y unas ligas blancas y negras, que el manchego se lleva "junto con sus entrañas de enamorada tierna y dos mil suspiros", según quejas de la doncella.

Cuando amo y criado regresan a su aldea, triste y mohino el caballero por haber sido vencido por el de la Blanca Luna, son llevados por la fuerza al castillo del duque. Altisidora ha muerto de amor y para ser vuelta a la vida es necesario el sacrificio de Sancho. Los duques han desplegado una representación fúnebre fastuosísima: luminarias, túmulo, hachas, candelabros de plata. Los jueces del infierno, allí presentes, dictaminan que para la salud de la doncella "deberán sellar el rostro a Sancho con veinticuatro mamonas, doce pellizcos y seis alfilerazos en brazos y lomos" (2a. P., p. 573). Aunque al comienzo se resiste, el escudero aceptará el castigo y que existen los encantamientos. Lo

que no podrá entender es por qué debe pagar él. De todos modos cuando el caballero le pide que se dé unos golpes para desencantar a Dulcinea, aprovechando que tiene sazónada la virtud (ya resucitó a Altisidora), se niega rotundamente. Tanto la doncella del duque como Dulcinea resultan encantadas por amor a Don Quijote, pero no es el caballero quien puede romper el hechizo, sino su escudero y esto que tanto apesadumbra al hidalgo, desquicia al rústico.

La gran burla a Sancho es el gobierno de la ínsula Barataria. Resulta un buen gobernador, en contra del pronóstico de nosotros, lectores, pero la función pública lo defrauda, en contra de la ilusión del propio escudero. No es este gobierno lo que él creía, está desengañado y por eso resuelve abandonarlo:

"Quédense en esta caballeriza las alas de la hormiga que me levantaron en el aire para que me comieran vencejos y otros pájaros y volvámonos a andar por el suelo con pie llano." (2a. P., p. 455)

Con peculiar sabiduría habla el gobernador renunciante y en estos términos declinará la designación ante los duques.

El tema de la ínsula sobrevive a esta decepción aún cuando Sancho la haya abandonado y persiste hasta la desaparición del caballero fantástico. En efecto, en su lecho de muerte pide el hidalgo que le den albricias pues ya es "Alonso Quijano a quien mis costumbres dieron el sobrenombre de Bueno". Abomina de todo lo pasado, pero refiriéndose a Sancho dice:

"Y si como estando yo loco fui parte para darle el gobierno de la ínsula pudiera agora, estando cuerdo, darle el de un reino, se lo diera, porque la sencillez de su condición y fidelidad de su trato lo merece." (2a. P., p. 605)

En los capítulos posteriores a la estadía en la casa ducal el engaño habrá de aparecer, aunque no con esta

intensidad. De todos modos Don Quijote nunca querrá ser desengañado. Sucede en el reencuentro con Tosilos: el lacayo explica todo lo sucedido en la lid, pero el caballero dirá a su escudero: "¿No te persuades de que este correo es encantado y este Tosilos contrahecho?" (2a. P., p. 559).

En la casa de los duques los temas esenciales de Don Quijote se unen, de una manera u otra, siempre a través del cristal del engaño y van a mostrar una paulatina declinación en el perfil heroico del personaje.

Resulta interesante tomar en cuenta los episodios que dan marco a los veintiocho capítulos de la estada en la casa ducal. El capítulo inmediatamente anterior, el XXIX, corresponde a la aventura del barco encantado. Otra vez el protagonista procura luchar contra molinos, esta vez aceñas, pero fracasa en su intento de salvar a los prisioneros del supuesto castillo.

Se lo explica a sí mismo con el convencimiento de que se han encontrado allí dos encantadores que se oponen: mientras uno lo empuja a la acción el otro se la impide. Entonces dice: "Dios lo remedie, que todo este mundo son máquinas y trazas contrarias unas de otras. Yo no puedo más." (2a. P., p. 264). Siente que las fuerzas no le alcanzan y que para otro debe estar reservada la aventura.

Cuando ya se aleja de la casa de los duques, donde fue tratado y se sintió como un verdadero caballero andante, se encuentra con una docena de labradores que llevan cubiertas unas imágenes para un retablo. Las mira y resultan cuatro santos caballeros: San Jorge, San Martín, San Diego Matamoros y San Pablo. Don Quijote tiene por buen agüero haber visto estas imágenes, porque ellos profesaron la fe que él profesa, que es el ejercicio de las armas, "la diferencia que hay entre mí y ellos es que ellos fueron santos y pelearon a lo divino, y yo soy pecador y peleo a lo humano. Ellos conquistaron el cielo a fuerza de brazos, porque el cielo padece fuerza y yo hasta agora no sé lo que conquistó a fuerza de mis trabajos" (2a. P., p. 486). El debilitamiento del caballero llegará a su punto mayor cuando sea vencido en la playa de Barcelona por el de la Blanca Luna. Pero cuando a punta de lanza le exija éste la rendición, no la

obtendrá a costa del amor por Dulcinea ni en desmedro de su honra:

"Dulcinea es la más hermosa mujer del mundo y yo el más desgraciado caballero de la tierra, y no es bien que mi flaqueza defraude esta verdad. Aprieta caballero la lanza y quitame la vida." (2a. P., p. 547)

También es Don Quijote responsable del engaño del que es objeto. Y esto es por su propia actitud vital de querer aplicar normas, principios e ideales a un mundo que ya no los admite y de pretender una mimesis con personajes del universo de la ficción. La locura de Don Quijote está matizada de un carácter muy especial porque hunde sus raíces en una forma profundamente congruente de ver la vida y no en arrebatos caprichosos. Es, en el decir de Menéndez Pidal, un loco cuerdo lleno de un ideal de vida.

La risa surge de este choque entre anacronismo y realidad. En la casa de los duques se provocará constantemente, y el ideal caballeresco habrá de derrumbarse por la pendiente de lo cómico. La sociedad no puede tomar en serio el ideal de vida que encarna Don Quijote, no se adecua a las nuevas circunstancias del siglo XVII. La sociedad se burla porque no comprende a este hidalgo que busca ser un hombre ideal, según un inasible modelo caballeresco.

El engaño que viven caballero y escudero en la casa ducal resulta así el momento de mayor tensión en esta polarización de cosmovisiones. La confusión entre lo real y lo ficticio se acentúa y adquiere más peso. Todo ha sido preparado y tiene el único objetivo de hacer reír, tomando como centro la locura del caballero, transformando premeditadamente en bufones a la pareja protagónica.

No hay preocupación por juicios morales ni se opina sobre nada, sólo se representa el papel asignado. El único que escapará a esta regla es Don Quijote cuando, en imbatible voluntad de trascendencia, da sus consejos o se explaya en los soliloquios. Y, fuerza es decirlo, también el inefable Sancho Panza, cuando hace alarde de particular sabiduría

y desbarata las engañas que lo acosan en el difícil gobierno de la ínsula.

Aunque todo parezca naufragar siempre y aunque el engaño trastrueque y deteriore muchas situaciones, los valores del hidalgo se mantienen intangibles y la risa está sujeta a la reflexión profunda, conformación de los opuestos presentes en el *Quijote*: por un lado el humorismo, por el otro esta honda caladura en la consideración del ser humano.

El engaño desacralizador es el cañamazo en el que se borda el fino tapiz de las más acendradas virtudes: agradecimiento, altruísmo, valentía, generosidad, honra, amor elevado. Esto es lo que ve Luis Cernuda y lo que le hace decir:

"Rara vez la calidad moral de un ser real o ficticio es tan alta que no salga intacta sino engrandecida del lance que despierta nuestra risa. (...) A Don Quijote comenzamos a amarlo cuando acabamos de reírnos de él".